

INTRODUCCIÓN

Esta biografía de Cornelius Castoriadis tiene su origen en una paradoja. ¿Cómo explicar que un intelectual de tamaño magnitud haya permanecido en una posición tan marginal, ignorado por la universidad hasta el final de su vida? ¿Por qué semejante falta de reconocimiento? ¿Por qué esa travesía del desierto durante la cual predicó, con un puñado de sus compañeros de Socialismo o Barbarie, sin ser jamás verdaderamente escuchado? Sin embargo, este marginal, este *outsider*, fue calificado de “genio” por el historiador helenista Pierre Vidal-Naquet, que veía en él a un gran filósofo con el cual podía hablar en un pie de igualdad de la antigua Grecia, su campo de especialización. Edgar Morin no dejó de considerarlo como un hermano de armas en su combate común por un mundo mejor. Veía en su amigo a un “Titán del espíritu” y un “Aristóteles en celo”. El psicoanalista André Green, aunque poco inclinado al énfasis, confesó a su colega griego Eleni Mangriotis no haber conocido jamás a “un hombre tan inteligente”. Por su parte, el escritor mexicano Octavio Paz reveló, en el momento de su desaparición en 1997: “El brillo de su inteligencia y la fuerza de su razonamiento nunca dejaron de sorprenderme”. En un mensaje de mediados de los años setenta, que seguía a la aparición de su obra maestra, *La institución imaginaria de la sociedad*, Marcel Gauchet reconocía con generosidad su deuda con él: “Leerlo me impulsó a ‘moverme’, ya que me sumergía en la incertidumbre respecto de cosas que yo daba por seguras y, a la inversa, me esclarecía ideas de las que solo tenía una apreciación difusa. Y me aportó sobre todo un aspecto crucial: lo indecible constitutivo del hecho humano social”. Jacques Ellul, con quien Castoriadis compartía la crítica de la autonomización de la tecnociencia, le escribió: “Cuando lo leo a usted, siempre me siento impresionado no solo por la profundidad y la riqueza del pensamiento, sino también por la belleza de la forma”. En cuanto al filósofo Vincent Descombes, juzga esencial su obra y preside hoy la Asociación Castoriadis.

Podríamos multiplicar al infinito los efectos de pasmo que la obra de Castoriadis provocó en sus contemporáneos y sigue suscitando en la nueva generación. Uno no puede más que sentirse estupefacto e intimidado ante la riqueza del trabajo producido por un intelectual que fue en primer lugar y

ante todo filósofo, pero que en 1973 se convirtió asimismo en psicoanalista y luego, a comienzos de la década de 1980, en director de estudios de la EHESS, sin olvidar que durante un tiempo fue economista profesional y en ese carácter tuvo un cargo de funcionario internacional en la OCDE, desde la posguerra hasta 1970. Tenía por otra parte una verdadera sensibilidad de historiador y una inquietud por las lógicas diacrónicas y la singularidad de las situaciones históricas. Renovó igualmente –esto es más conocido y reconocido– la filosofía política con su análisis precoz de la naturaleza del régimen soviético como sistema burocrático.

¿Cómo explicar, pues, semejante paradoja? Solo pueden plantearse hipótesis. La primera remite al carácter inclasificable de su obra. Habida cuenta de que Castoriadis se asignó el proyecto prometeico de pensar todo lo pensable y no omitir ninguno de los continentes del saber, no era posible encerrarlo en ningún compartimento, lo que acaso explique que haya sido pasado por alto por cada una de las disciplinas que, empero, él atravesó con el mayor de los rigores.

La segunda hipótesis que podría explicar esa marginalidad se refiere, sin duda, al carácter laberíntico de su obra, para recordar el título genérico de sus compilaciones de artículos y colaboraciones, *Encrucijadas del laberinto*. La diseminación de sus escritos oculta la extraordinaria coherencia de su filosofía, que, a decir verdad, solo puede aprehenderse como un bloque indivisible. Es difícil, por lo tanto, si no imposible, entrar a la obra de Castoriadis por un extremo y no por otro; hay que contemplarla como un todo y consagrarle, debido a su vastedad y su proliferación, un tiempo enorme. El propio Castoriadis no hizo nada para facilitar las cosas a sus lectores, porque no escribió una síntesis de su obra. Quiso en cambio que la totalidad de sus escritos fuera accesible y se publicara, a riesgo de cansar a su lector por la repetición de lo expuesto.

Me parece que la tercera hipótesis obedece a la naturaleza intempestiva de su obra, producida en una época que, con el vuelco en el presentismo, conoció un cambio de régimen de historicidad: una relación con el tiempo y la historia en la que el presente aparece como el único horizonte posible. Castoriadis comprendió muy bien, y muy pronto, esta ruptura. Y fue uno de los contados intelectuales que resistió contra viento y marea la condena de la perspectiva revolucionaria y prosiguió a toda costa con su reflexión sobre la construcción de la autonomía social y política. Se vio enfrentado –y cada vez más con el paso del tiempo– a un momento histórico marcado por una crisis de la esperanza en el futuro y un repliegue del individuo hacia la esfera privada; un momento histórico cada vez menos dispuesto a escucharlo. Fue así el “sacrificado” de la pareja intelectual del antitotalitarismo que formaba con Claude Lefort, ya que este tomó distancia respecto de la idea de revolución.

¿Qué llevó a Castoriadis a embarcarse en esa incansable persecución del saber que, si comenzó dentro de un grupo político e intelectual, terminó en la soledad? También en este caso nos vemos reducidos a las conjeturas. Es cierto, existió –y lo apreciaremos al tomar conocimiento de la singularidad de su trayectoria– el trauma vivido en su adolescencia y respecto al cual se mantendría muy reservado, pero que lo marcó físicamente (la pérdida repentina del sistema piloso). Esa prueba intensa, que habría podido significar la prevalencia de fuerzas mortíferas, suscitó al contrario un impulso vital sin límites, una potencia de ser casi heroica. Como destacó su amigo Edgar Morin, en su inclinación a desafiar las fuerzas del mal y la muerte Castoriadis se incluye en la categoría de los Titanes. También existió, desde luego, la tragedia colectiva, con su experiencia precoz de resistente griego. Se encontró entonces en una situación sin salida entre dos fuerzas opuestas, la derecha reaccionaria y el estalinismo, que estuvieron a punto de eliminarlo en los albores de su juventud. Fue sobre ese terreno griego donde hizo la experiencia del carácter contrarrevolucionario del régimen ruso y de la Internacional Comunista.

Llegado a Francia en 1945, cuando la exaltación por la URSS estaba en su cenit, Castoriadis contribuyó a “espabilar” a los pocos que pudieron acceder a su trabajo de desmitificación del Este comunista. La situación de exilado favoreció su mirada crítica sobre la *doxa* en una Francia donde el Partido Comunista seguía siendo el partido de los “setenta y cinco mil fusilados”. Le permitió ser más lúcido, más firme en sus denuncias, como una ilustración perfecta de lo que Enzo Traverso ha llamado “privilegio epistemológico del exilio”,¹ una especie de compensación intelectual de las privaciones de la pérdida y el desarraigo ligados a la condición del exilio: “La existencia del intelectual exilado lleva las huellas de un desgarramiento, un trauma profundo que, muy rápidamente, lo priva de su contexto social y cultural, de su lengua, de sus lectores, de su oficio y de sus fuentes de subsistencia”.²

Esa vivencia de resistente griego revolucionario, amenazado de muerte por los estalinistas, lo predispuso a no asimilar el pensamiento prefabricado de la posguerra que oponía de manera binaria los “malos” americanos a los “buenos” soviéticos. En ese plano, su experiencia griega habría de ser determinante y de irrigar, con discreción –Castoriadis casi no mencionaba su pasado griego en el grupo–, el destino de Socialismo o Barbarie. El exilio y esa experiencia traumática fueron el origen de un apartamiento respecto del mundo intelectual francés. Habrían de ser a la vez el fundamento de un

¹ Enzo Traverso, *L'Histoire comme champ de bataille: interpréter les violences du XX^e siècle*, París: La Découverte, 2011, p. 227 [trad. esp.: *La historia como campo de batalla: interpretar las violencias del siglo XX*, trad. de Laura Fólica, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012].

² *Ibid.*

discernimiento precoz y, más adelante, el de un endurecimiento de sus posiciones, cuando, en tanto que el mundo soviético sufría una implosión a fines de los años ochenta, él siguió denunciando, contra la evidencia de la historia real, el poderío militar de la URSS. Su antitotalitarismo feroz lo llevó a una prolongada ceguera frente a las conmociones que afectaban a ese mundo y el bloque del Este en general.

La reconstrucción de esa trayectoria alejada de toda norma no aspira simplemente a hacer justicia a un gran intelectual que contribuyó al triunfo de una mayor clarividencia. Ciertamente, no es inútil devolver a esa obra el lugar que habría debido tener en el panteón del pensamiento, pero el interés de tal rodeo radica sobre todo en que permite reformular los marcos de un horizonte de esperanza. En ese plano, esencial para reabrir las posibilidades de nuestro imaginario social, la obra de Castoriadis es un recurso precioso. Permite reconectarse con un futuro hoy caduco, no a la manera perimida de una utopía sino a la de un obrar colectivo y reflexivo, una praxis que permita la profundización de la democracia.

Su obra es una piedra angular, una fuente de inspiración en espera, menos detrás que delante de nosotros. Propone un aporte epistemológico fundamental, un combate contra todos los reduccionismos, incluido el marxista que fue alguna vez el de Castoriadis, al articular filosofía y psicoanálisis, sujeto individual y sujeto colectivo. Se trata de pensar en conjunto lo que los anima: la “imaginación radical” del sujeto y el “imaginario social” del *socius*, dimensiones que, si nunca se superponen, forman lo que Castoriadis llama “imaginario radical”.

Es sobre todo en esa articulación entre el análisis de historiador y la mirada psicoanalítica donde el pensamiento de Castoriadis sigue siendo de una actualidad sobrecogedora para recuperar los caminos de una sociedad más convivial, fundada en la intensidad del lazo social y no en la maximización de la ganancia. En 1996, en el ocaso de su vida, él mismo reconoce ese deseo y esa tentativa de articulación como la parte esencial de su aporte: “De lo que me enorgullezco en lo que he podido hacer últimamente, al margen de la filosofía pura, es de haber logrado restablecer un vínculo entre el individuo y la sociedad, es decir haber logrado hacer una suerte de antropología concreta, incluso política”.³

Esta biografía se esfuerza por seguir la aventura de Castoriadis en el corazón del laberinto por donde se desplazó y de los encuentros que tuvo en él. No ha de encontrarse en ella ningún sistema consumado, sino un pensamiento roborativo que contribuye vigorosamente a representar nuestro mundo a partir de la madeja que nos hace ver:

³ C. Castoriadis en “Club de la presse”, programa de Pascale Casanova, France Culture, 30 de abril de 1996.

Desde el momento en que empezamos verdaderamente a pensar entramos a un laberinto. Ya no sabemos dónde está la salida. Nos topamos con encrucijadas y tomamos este o aquel camino, sin saber si es el adecuado, y, después de haber dado vueltas en vano, tratamos de reencontrar el punto de partida. A veces discernimos luces sin saber si son de verdad o fuegos fatuos puestos para extraviarnos. Lo que siento ahora es que he recorrido un buen trecho, sin agotarlo; no son pocos los rincones que me resultan familiares y puedo decir que si algunos caminos no llevan a ninguna parte, otros, sí, llevan a alguna.⁴

⁴ C. Castoriadis en “Du jour au lendemain”, programa de Alain Veinstein, France Culture, 22 de mayo de 1996; reproducido con el título de “Autour de *La Montée de l’insignifiance* (entretien avec Alain Veinstein, France Culture, 22-5-1996)”, en *Quelle démocratie?*, vol. 2, París: Éditions du Sandre, 2013, p. 594.